

RECUPERAR EL CORAZÓN.

La interioridad como cuestión hoy

La interioridad está de moda. Sin embargo, puede ser útil volver sobre la misma y pararnos a precisar su significado, comprender su porqué, resaltar sus peculiaridades y, sobre todo, devolver la interioridad al acervo de la espiritualidad cristiana. Allí siempre tuvo su lugar propio y un contenido igualmente propio que conviene recuperar, disfrutar, ofrecer. En el presente trabajo a lo largo de diez puntos tratamos de ofrecer un contenido que se abra al pluralismo de significados de la interioridad. “Recuperar el corazón”, porque se trata de llegar desde ese centro personal, que cada uno puede percibir, a sus dimensiones más hondas que nos muestran nuestra propia trascendencia y el amor como dinámica que brota del núcleo del ser personal, su interioridad.

Revista de espiritualidad, 75 (2016) 161-187.

I. La interioridad que viene: redescubrir lo que nunca se ha ido

El término de interioridad es relativamente reciente y lo podemos situar en los comienzos del siglo XX. Sin embargo, su significado se ha ido configurando a lo largo de los siglos y se remonta a los cimientos de nuestra cultura. En su recorrido, se han entrecruzado siempre la preocupación antropológica y la pregunta por la identidad, la búsqueda filosófica y el sentido religioso. Estas tres líneas se muestran como inseparables a lo largo de toda la historia y nos ofrecen las coordenadas para abordar la interioridad: la condición humana dada como pregunta y tarea para sí misma.

Los distintos avatares históricos del tema en la filosofía nos permiten comprobar la escisión que se dio entre la óptica antropológica y su concentración en la cuestión de la subjetividad respecto a la óptica espiritual, salvo en quienes filosofaron desde una postura marcadamente creyente. La tradición cristiana mantuvo, desde San Agustín y el monacato primitivo, una conexión inseparable entre ambas. Desde el origen, la visión de la interioridad en perspectiva cristiana nos habla de una comprensión del ser humano desde la relación constitutiva con Dios.

De todos modos, la cuestión de la interioridad –no tanto como término, sino en cuanto contenido– quedó un tanto soslayada hasta que, ya en el siglo XIX, la corriente pie-

tista y, muy especialmente S. Kierkegaard, introdujo nuevamente la interioridad como clave en su pensamiento. Toma fuerza ya a comienzos del XX, pero no será hasta los años setenta cuando comience a experimentar un auge renovado. Comenzó entonces un inusitado interés por las religiones orientales y, más concretamente, el entusiasmo por muchas de sus prácticas, al mismo tiempo que la psicología incidía, desde diferentes perspectivas, en la conciencia del yo.

Las últimas décadas han registrado una creciente atención al tema. Términos como “inteligencia espiritual”, *mindfulness*, meditación, silencio, paz interior y otros muchos asociados abundan en nuestros entornos. Esta perspectiva parte de la relación intrínseca entre la interioridad y la dimensión espiritual de la persona, entendida ésta específicamente humana y universal, aunque solo en ocasiones se explicita en una tradición religiosa concreta. Pone de relieve su vínculo con otros aspectos de la persona como su identidad y relacionalidad.

Hay quienes interpretan esta fascinación como uno de los síntomas del “retorno de lo sagrado” y, concretamente, en su forma de “religiosidad débil”, con su habitual tendencia al eclecticismo y una cierta ambigüedad. Tampoco faltan quienes ven aquí un presagio e indicación de una nueva etapa de la experiencia religiosa al margen de su marco en las diferentes religiones. Estamos ante un “signo de los tiempos” a considerar.

Llegamos a un punto capital: la relación entre interioridad, dimensión espiritual y religiosidad. No se trata de una elucubración teórica, sino que repercute básicamente en la práctica y consiguiente posibilidad de proceso que se abre.

2. ¿Interioridad o dimensión espiritual?

Para algunos autores, interioridad y dimensión espiritual humana son, sencillamente, sinónimas. Otros autores entienden que se trata de dos realidades próximas, pero distintas entre las que se da una cierta continuidad y, al mismo tiempo, una ruptura. La interioridad se presenta así como “puerta abierta a la trascendencia”, condición de posibilidad y camino de acceso a la dimensión espiritual de la persona propiamente dicha y, con ella, de la experiencia religiosa. Dicho de modo muy sintético y aplicándolo al cristianismo, no hay fe sin interioridad, pero puede haber interioridad sin fe.

Esta diferencia precisa de algunas matizaciones. No se trata en rigor de dos términos distintos, sino de dos acentos particulares de una realidad común.

En ambos casos, estamos apuntando al polo subjetivo, antropológico, de la relación básica que determina todo hecho religioso, del que la interioridad subraya el aspecto de identidad personal, mientras que hablar de dimensión espi-

ritual destaca todo lo referido a trascendencia. Sea como sea, es preciso tener presente que el Misterio divino está en lo más profundo de toda la realidad, también de nosotros mismos. Solamente un corazón que se abre desde el interior a todos los seres y al Misterio divino que le habita puede llegar a ser él mismo, pura diafonía.

Esta posibilidad de reabrir el acceso al mundo del Misterio resulta especialmente interesante para nuestra cultura, fragmentada e instrumental, cultura del consumo y de la banalidad. No obstante, es necesario respetar simultáneamente la condición gratuita e insospechada, irreductible, del Misterio divino que irrumpe en nuestras vidas. La experiencia de Dios no es algo automático que acontece como consecuencia o en un determinado nivel de nuestra conciencia personal. Por el contrario, precisa siempre de la apertura y acogida de una Presencia que se da inesperada y nos impele a una ruptura de nivel. Somos seres abiertos a lo divino, pero lo divino no es reductible a nuestro mundo, a nuestra experiencia, a nuestro yo.

3. Más que una moda: la añoranza de un hogar

Resulta imposible frecuentar ciertos ámbitos (pastorales y educativos o bien de crecimiento personal) sin aludir, antes o después, a la interioridad. Esta constatación nos indica, antes que nada, una ne-

cesidad, no tanto sentida expresamente, sino intuita como camino de solución (¿salvación?) en un mundo trivial, indiferente, inhumano.

Ante la profundidad y velocidad del cambio en nuestras sociedades, la quiebra de creencias, la hiperestimulación a la que vivimos sometidos, el ruido, las tecnologías, la competitividad, la precariedad de las referencias... la interioridad se convierte en una suerte de promesa, refugio y, bien orientada, retorno.

Este renovado interés nos habla de la necesidad de habitar una nueva y humanamente, del deseo de trascendencia, de la sed de espiritualidad. Nos habla, al fin, de la nostalgia de Dios.

Un aspecto de este difuso anhelo espiritual nos habla de la fragilidad en la construcción de identidades personales. Nos permite también explorar un camino muchas veces omitido y del que saben mucho los místicos: nuestra verdadera identidad se descubre y consolida en la referencia al Misterio divino.

Abrir el mundo interior –que es el del espíritu, del alma–, cuando verdaderamente acontece, nos abre a nuestra autenticidad más genuina en el horizonte inmenso de la Realidad absoluta que todo lo abraza. En otras palabras, la subjetividad se construye verdaderamente en el movimiento hacia el interior que, a su vez, se nos descubre traspasado por una Presencia luminosa, impregnado por la huella del Otro.

Trascendencia y subjetividad convergen en una dimensión interior que, lejos de agotarse en sí misma, se proyecta hacia la realidad en un “estar de otro modo”. Por eso mismo, es capaz de mirar de un modo nuevo. No hay caras, sino rostros que son, a su vez, epifanía y llamada. No hay trivialidad, sino transparencia que evoca el Misterio.

Así entendida, la interioridad deja de ser la tentación de un refugio placentero o del narcisismo disfrazado de espiritual. Invoca a la persona, al sujeto, en un cara a cara consigo mismo y la realidad. Permite un proceso de consistencia personal, de recuperación de la propia identidad, en el simultáneo salir de sí-más-allá de sí para acoger, en la gratuidad y el asombro, lo que se nos da. Así mismo, sacude más que la emoción efímera la indiferencia que hiere nuestro mundo porque deja de ver sensaciones e imágenes para dejarse afectar por el otro, por la realidad.

Esta problemática tiene una proyección social. Su configuración se realiza en y a través de las distintas dimensiones constitutivas del ser humano, incluyendo la socialidad, pero no se trata solamente de eso. Constatamos hoy que la crisis de lo antropológico va asociada a numerosas enfermedades de nuestro mundo, incluso de nuestro común hogar que es la madre-tierra. A la inversa, recuperar la hondura espiritual significa también un reto y una propuesta contracultural en la actualidad de la

que depende el recobrar caminos de vida donde todo ser pueda, sencillamente, SER.

4. Encrucijada de significados e imágenes

Ahora que la interioridad se ha hecho ella misma problema, encontramos no pocas discusiones sobre la pertinencia o no de su uso. Evoca, casi inconscientemente, una cierta oposición entre interno y externo, como si lo exterior fuera mera apariencia, un externo extraño. Persisten estos debates, pero no se puede olvidar nunca su inseparabilidad.

Quizá una parte del equívoco puede desaparecer con un mero cambio gramatical. La interioridad nos indica más bien camino, apertura, cultivo, dinamismo, vida interior. Por eso se puede emprender la tarea de descubrirla, cultivarla y educarla.

También conviene precisar un poco más el juego de ámbitos que deciden la interioridad. Sin ninguna duda, el antónimo de interioridad no es exterioridad, sino superficialidad o trivialidad. Lo externo se hace condición de posibilidad de un interior que, a su vez, se revela y exterioriza.

Sin embargo, aquí nos estamos refiriendo a esa dimensión de profundidad que decide nuestra entera existencia, profundidad que así mismo se descubre en toda realidad, profundidad del propio ser, la

hondura del vivir y del vivirme.

La imagen espacial resulta, sin duda, equívoca, aunque intuitiva. Podríamos añadirle la dimensión del tiempo. Interioridad nos habla de tiempo y memoria, de un tiempo que se construye como narración, historia, biografía, unificado no solo por el sujeto que lo vive, sino por el sentido y la dirección que le otorga.

La peculiar condición humana, multidimensional y dinámica, requiere ser considerada siempre en su totalidad. Dentro de ella, la interioridad indica esa altura que constituye espacio de ser y nos rescata de una realidad plana, unidimensional, carente de relieve y de profundidad. Sin embargo, se trata de una altitud hacia dentro, que no se hace notar sino en sus manifestaciones, porque es la que nos introduce en la realidad.

Vivir desde el interior implica salir de la inmediatez para descubrir la realidad —la que soy, la que vivo, en la que vivo— desde una nueva perspectiva. Implica silenciarlo todo para poder escuchar y descubrir una nueva palabra en la que todo se me ofrece y se dice con una nueva resonancia. Implica unificar la existencia.

5. La interioridad en la historia de la espiritualidad cristiana: algunos recordatorios

Desde los primeros siglos, la tradición cristiana ha mostrado

singular interés por el mundo interior, su conocimiento y cultivo. En ella, una de las constantes reside en conjugar armónicamente dos vertientes: la introspección, conocimiento personal e identidad junto con la búsqueda y el movimiento de autotranscendencia. Quizá el más conocido de estos primeros exploradores del mundo interior sea Agustín de Hipona.

Agustín ha desplegado un mundo de búsqueda en la interioridad donde despejar el “enigma para sí mismo”, el de su identidad y existencia, adquiere significado en cuanto rastro y huella de Dios. Entrar en el interior será para él despejar un camino de acceso a la experiencia de Dios.

Agustín nos va a dejar una “hoja de ruta”. Tres pasos, tres momentos inseparables de un único movimiento hacia la interioridad. Frente a la siempre humana tentación de dispersarse en las cosas o, mejor dicho, en la superficie y en el ruido, nos invita a emprender una búsqueda dentro, estableciendo una separación de lo externo para regresar hacia el propio corazón. Sin embargo, este movimiento quedará siempre incompleto si olvidamos la última parte: trascenderse a sí mismo.

Junto a este movimiento de trascendencia, la interioridad en perspectiva agustiniana revela un singular alcance. Se trata de una introspección que culmina en el descubrimiento del Otro y su huella en el propio interior. Un entrar

en sí mismo para encontrarse a sí mismo, encontrar a Dios, encontrarse ante Él. Permanecer en el propio interior no significa aislamiento, sino descubrir un nuevo modo de relacionarse con Dios, de comprender las llamadas de su amor, significa disponibilidad para el bien y para el prójimo. En negativo, supone descubrirse necesitado de redención total.

Encontramos una visión de la interioridad que comprende lo teológico junto a lo antropológico, la espiritualidad junto a la ética, la psicología junto a la reflexión filosófica. El núcleo central de esta visión, experiencial antes que reflexiva, se encuentra en nuestra condición de *imago Dei*. Somos en lo más profundo de nuestro ser huella de Dios y llamada de su amor.

La interioridad tiene sentido precisamente en cuanto posibilitadora de un movimiento que se trasciende a sí mismo, que apunta al fin a Trascendencia –también en su aspecto de Verdad y Amor–, apunta a encuentro con Dios.

Desde el interior y, al fin, desde el Dios que nos habita, el mundo entero se convierte en signo y señal del Misterio que, en Cristo, se hizo carne.

La historia de la espiritualidad cristiana nos lleva hacia otros momentos especialmente intensos en lo que a tematización de la interioridad se refiere. Eckhart, Tomás de Kempis y su Imitación de Cristo o la devotio moderna, Ignacio de Lo-

yola con sus Ejercicios Espirituales, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz... son algunos de los nombres que nos van llevando desde finales de Medievo al Renacimiento.

Ignacio de Loyola hará especial énfasis en la importancia de este mundo interior precisamente como lugar de sabiduría y de discernimiento. Es en el interior donde se saborean las cosas de Dios (“sentir y gustar internamente”) y desde donde se descubre el misterio de Jesucristo (“conocimiento interno del Señor”). También en el interior es donde se perciben los movimientos de nuestros afectos, los efectos de nuestras tentaciones y, sobre todo, el sople del Espíritu con sus impulsos e invitaciones (los tres tipos de mociones o “pensamientos” y su posterior discernimiento). El mundo de la interioridad adquiere ahora un especial interés en cuanto mundo dinámico y dinamizador de la persona, mundo en el que se percibe el paso, la acción y la llamada de Dios. Se trata de una interioridad que se descubre habitada en un encuentro y una progresiva compenetración en el amor con Jesucristo.

6. De los accesos a la interioridad...

Volvemos al hoy. El mundo interior nos plantea constantemente un desafío: ¿cómo entrar de nuevo en el propio corazón? ¿Cómo poder alcanzar la indescriptible experiencia de una vida interior ple-

na que hace del mundo su propio hogar? Plantearnos los accesos de la interioridad significa descubrir posibilidades para esa ruptura que, sin embargo, no depende primordialmente de medios, sino de sabiduría, de mistagogía y de decisión.

Los distintos accesos al mundo de la interioridad no van a tener una eficacia per se, sino en cuanto permiten una ruptura y abarcan la multidimensionalidad intrínseca a la persona. El momento de ruptura permitirá separarse de la inmediatez, del mero estímulo, del impulso de aferrarlo todo. Una separación que, al mismo tiempo que facilita el contacto con uno mismo, posibilita ser consciente, asomarse al espacio mismo de lo cotidiano para descubrir ahí la posibilidad de un nuevo tipo de experiencia. Para esta ruptura, precisamos, antes que nada, una firme decisión.

Se trata de un camino de serenidad, de luz, de vida, pero también se trata de una senda que nos irá introduciendo en la siempre apasionante, al tiempo que costosa, aventura de SER. Ciertamente, nuestro tiempo favorece el olvido y aun la fuga del mundo interior. Sin embargo, no pensemos por eso que sea de suyo un camino cómodo o mecánico. Los maravillosos frutos de la vida interior solo se alcanzan tras afrontar decididamente –o, parafraseando a Teresa de Jesús, con una “determinada determinación”– los desafíos de este mundo interior.

Habitar nuestro propio corazón y vivir desde el centro de nuestro ser supone una larga tarea de integración personal, lo cual siempre conlleva momentos de esfuerzo y, en ocasiones, también de dolor. Al mismo tiempo, el mundo interior nos adentra en el ámbito de la libertad personal, en nuevos niveles de verdad, en el aprendizaje del amor.

Otro aspecto a considerar cuando hablamos de los accesos al mundo interior es la condición multidimensional y dinámica de la persona. La facilidad para internarse a través de uno u otro acceso, la utilidad de uno u otro medio dependerá básicamente de cada persona y su momento. Todas en su conjunto nos recuerdan la necesidad de integrar progresivamente todos los aspectos de la persona para acceder y desplegar el mundo interior.

Por último, quisiera recordar un aspecto con frecuencia olvidado: la interrogación. En el mundo de lo obvio y de realidades planas, donde no hacen falta respuestas (tampoco las nuestras...) porque se dirían desaparecidas las cuestiones, necesitamos recuperar esa particular mayéutica que, antes que encontrar la respuesta a partir de las preguntas, intenta sacar a la luz la pregunta misma. Esta capacidad de preguntarnos abre paradójicamente la interioridad.

Esto nos introduce en el mundo de la búsqueda de sentido cuya puerta se halla “en el interior”, en

un constante movimiento de reciprocidad que, entre el corazón y el mundo, horada poco a poco la corteza que separa la vacuidad del sentido, lo fútil de lo valioso. Y todo ello, sin salir de la realidad ni de nosotros mismos, sino acogiéndonlo (y acogiéndonos) desde lo profundo de nuestro ser.

Diríamos que la interioridad es instancia de unificación, pero a su vez, solo se despeja su acceso si conseguimos involucrar progresivamente todo nuestro ser en este movimiento que es apertura y salida de sí yendo más allá de sí.

7. A la interioridad como acceso

El camino de la interioridad, en cuanto acceso a la experiencia religiosa, puede determinar en la actualidad el éxito o fracaso de numerosos procesos de evangelización y pastoral. La interioridad es una puerta de acceso en cuanto caracterización de la dimensión espiritual del ser humano y en cuanto mistagogía que conduce a los umbrales del Misterio que, como tal, solo puede hacerse accesible por don inesperado y gratuito.

Los distintos accesos a este mundo interior nos hablan de nuestra finitud traspasada de deseo y trascendencia. Suponen, de algún modo, huellas que desde nuestra realidad personal nos abren a los umbrales de lo divino. Aquí podemos encontrar no solo nuestra

identidad, sino las cuestiones sobre el mal, la libertad, la muerte, el amor y la libertad, el deseo, la alteridad...

Una pedagogía de la interioridad supone introducirnos en la progresiva conciencia de la desproporción que nos traspasa, del desgarró que se produce entre nuestra intrínseca finitud y la infinita apertura que toma tan diversas formas en nuestra existencia. Se trata de palpar la tensión entre immanencia y trascendencia en nuestro propio ser, nuestro carácter misterioso, abierto y excéntrico.

Instalarse en la trivialidad resulta más cómodo y nos permite gustar una “felicidad fácil”. Tocar la propia indigencia y, desde ahí, emprender un camino de búsqueda que renuncia a resultados concretos para permanecer en acogida y asombro, se nos hace difícil, incluso doloroso. Sin embargo, está en juego el logro y configuración de nuestra vida, de nuestra persona en su última verdad.

Estamos ante la posibilidad de hacer una ruptura de nivel en la que descubrir que, más allá de lo evidente, en “el interior” de todo, también de lo humano, late una presencia divina. Y ante la presencia del Otro divino, ahora sí, surge inevitable la invitación a acogerlo con asombro agradecido en una relación transformante. No se impone sino por la fuerza de su propia atracción amorosa. Queda ahora la interioridad solicitada a un sí totalmente personal.

Al fin, el mundo interior inicia como descubrimiento, experiencia y aprendizaje. Prosigue como camino y cultivo, quedando en nuestras manos su despliegue o carencia y, con ello, la configuración y orientación determinadas de nuestra vida. Imposible introducirse aquí sin percibir que nuestra vida es nuestra, es más y, sobre todo, es don, es recibida, más aún, nos recibimos en la apertura “desde dentro” a la Vida que va tomando Rostro en ese fondo misterioso que nos sustenta.

Se trata de lo que Panikkar denominó autofanía (descubrir el propio corazón) y apertura a la experiencia teofánica (descubrir la manifestación del Misterio en la inmanencia), dos invitaciones y experiencias que acontecen simultáneamente desde el interior.

8. Interioridad es... interioridad-es

El movimiento de la interioridad, incluso visto en su acepción más limitada de conciencia de sí, describe una parábola que pasa siempre por el otro, por la alteridad. Ser es ser-en-relación. Desde la superficialidad, también las relaciones se tornan irrelevantes y despersonalizadas. Visto en positivo, puede ser uno de los accesos privilegiados que nos permite entrar en el mundo interior y, nuevamente en reciprocidad, permitirnos vivir una relación con los demás verdaderamente personal,

significativa, una reciprocidad cordial.

La relación va más allá del mundo interpersonal, no solo por el alcance social de nuestra racionalidad, sino porque siempre hay un nosotros que nos antecede. Esto nos sitúa ante una cuestión bastante olvidada: la relación entre interioridad y dimensión social. Sin esta perspectiva, la relación puede quedar, como la misma interioridad, reducida al pequeño mundo del mí-mismo y sus intereses. Por el contrario, cuando el mundo social se vive no como un espectáculo o un mero suceder de datos indiferentes, sino como acontecer que nos afecta, como historia herida y mundo de rostros, como lugar de solidaridad y justicia, se convierte en espacio de interioridad y trascendencia. Es acceso a la interioridad y, al mismo tiempo, realidad transformada desde la misma.

9. Asomarnos al corazón de Dios: de la interioridad habitada a la comunión

Con todo esto, cabe aun la pregunta: desde la fe cristiana ¿podemos decir algo más sobre la interioridad? ¿O se trata de lo mismo, aunque vivido desde otra perspectiva o con otra conciencia? Lo que somos en cuanto personas, en nuestra condición creatural, ciertamente nos hermana con toda la humanidad. Sin embargo, también podríamos encontrar alguna luz

particular en el seguimiento de Jesucristo.

La tradición bíblica nos ofrece el corazón como símbolo cargado de resonancias. La espiritualidad cristiana la ha dotado de un significado singular, porque no solamente será realidad simbólica que alude al ser humano, su interioridad, su centro y misterio. El corazón habla también de Dios mismo que en Jesucristo, el Hijo encarnado, “tiene” un corazón de hombre, interioridad humana y divina que se nos revela y en la que sumergirnos.

Mirar el corazón de Cristo es adentrarse en el misterio divino y acercarse a lo más íntimo de su realidad personal: el Amor. Su interior se abre como acceso encarnado, humanado, al Misterio.

El corazón humano es al tiempo centro personal y espacio de Presencia, lugar de misterio y de comunicación. Somos seres habitados y la interioridad ya no puede entenderse como subjetividad o identidad que se autoconstituye. Si hemos hablado de su horizonte y apertura, también su raíz se nos revela como puerta del Misterio por antonomasia. Por eso, entrar en el corazón es penetrar en el santuario de la relación y la intimidad amorosa con la Alteridad más radical, con su Vida que se derrama desde nuestras entrañas por todo nuestro ser.

Ese encuentro, esa mirada, esa palabra silenciosa dicha en el corazón, nos transforma radicalmen-

te. Interioridad se hace ahora acontecimiento de gracia.

Este penetrar en lo más hondo no acontece como despliegue de nuestras meras potencialidades, tampoco se trata de alcanzar un estado especialmente elevado de conciencia. Nuestra interioridad se abre a una profundidad inusitada: a la hondura misma del Misterio, interioridad que Él mismo se crea en nuestro interior, que abarca toda interioridad meramente humana y en la que penetramos teológicamente.

Se trata, por un lado, de respetar un dato de fe: la encarnación y sus consecuencias en la visión de Dios y de lo humano. Por otro, se trata de dar cuenta, siquiera de modo tan rudimentario, de la sublime experiencia de la comunión.

Atisbando estas cimas, conviene puntualizar algunos aspectos respecto al proceso de interioridad dentro de la tradición cristiana. En primer lugar, este movimiento hacia dentro es inseparable de la salida, salida hacia los demás, hacia los caminos, búsqueda del Reino y su justicia (Mt 6, 33). Es preciso salir hacia la misión que, a su vez, es posible cuando se escucha esa llamada desde el corazón.

La fe cristiana viene determinada por una relación, relación personal y cordial, adhesión amorosa y confiada a una Persona: Jesucristo. Será en adelante su interior el que modele el nuestro a partir de esa relación creyente con Quien se ofrece inesperada y gra-

tuitamente, relación con Alguien absolutamente singular, indeducible y absolutamente libre en su comunicación. La acción del Espíritu de Cristo Resucitado configura nuestro interior conforme la interioridad misma del Señor, integrando lo humano en el dinamismo del Amor divino y desplegándolo como seguimiento. Se traducirá en todas las instancias de la persona que, progresivamente, van quedando cristocéntricamente configuradas.

Esta configuración lleva en sí el movimiento propio del Hijo hacia nosotros: la kénosis. Abajamiento e interior significan ahora el modo peculiar en que el corazón del creyente realiza su “ascenso” hacia la cima del encuentro con Dios. Junto a este, hay otro abajamiento inseparable que se hace camino de pobreza y servicio, camino de seguimiento y donación hasta la cruz.

La interioridad cristiana se convierte así en lugar de comunión

y fraternidad verificado en el descenso humilde, en la entrega incondicional.

10. Y al fin, el amor

Hemos ido pasando de la interioridad activa como centro personal a la interioridad como presencia dinámica del Espíritu Santo a través de la persona de Jesús. Interioridad dice al fin de nuestra capacidad para el amor, que nos abre a la alteridad, que nos empuja en éxodo hacia los otros y el Otro.

Esta interioridad se descubre en el camino del amor y se dilata en su crecer (Hugo de San Víctor). Ese interior donde se decide la consistencia de nuestro ser, nuestra identidad, se convierte en la posibilidad del sí, amoroso y creyente, que nos dispone a la gran obra del Espíritu, fuego de amor que hiere cada vez más adentro. Entonces llegará a ser todo lo que está llamado a ser, vocación divina.

Condensó: MANU ANDUEZA